



Frank Meadow Sutcliffe. *Sin título*, s. f.  
Gelatin bromuro de plata virado al sepia. 35,5 x 30,2 cm

Frank Meadow Sutcliffe (1853- Headingly, UK- 1941) nació cuando la daguerrotipia aún imperaba y murió cuando el Kodakchrome y el Agfacolor estaban ya en el mercado. Inició su trabajo en la técnica de los negativos al colodión húmedo y la mayor parte de su obra fue llevada a cabo con materiales de toma y de copia insensibles a la onda de los colores verde y rojo. Sus excepcionales negativos están realizados sobre soporte de vidrio y los positivos fueron obtenidos por los arcanos de los procedimientos de ennegrecimiento directo. Casi todas sus copias son exquisitas albúminas; platinos, carbones, gelatinas y colodiones de ennegrecimiento directo guardan, también, memoria de sus registros. Las copias realizadas sobre gelatinas de revelado químico son reprints.

En el encuadre apaisado, un hombre y tres bestias ocupan el centro de los dos primeros tercios de la imagen. La línea del horizonte, campo de labor y trabajo, permite ver algún árbol. La cotidiana sole-

dad de quien vive de abrir la tierra no trasmite el temor al granizo ni a la ausencia de lluvias. Las luces más altas y las sombras más profundas mantienen su detalle. La variedad de tonos medios del cielo acumula nubes. Es muy probable que nada, en el encuadre, escape a la teatralización de una cuidada puesta en escena; a mí no me preocupa.

La composición, el cálculo de exposición y el control de la luz, magistralmente combinados, construyen el trampantojo común a toda fotografía: lograr que dos dimensiones sugieran la tercera. Una foto de canto es la descripción que hiciera Euclides de la línea.

Nota para los documentalistas: ignoramos los nombres que los cuatro hubieron de tener; sabemos, sin embargo, que, fuera de este encuadre, están ya muertos.

Ángel M<sup>a</sup> Fuentes



Ernest James Bellocq. *Storyville portrait*, 1911.  
Gelatin bromuro de plata virado al cloruro de oro. 20 x 25 cm

El utillaje fotográfico es sólo una sucesión precisa de herramientas que requieren de alguien que las use. Una Leica olvidada al fondo de un cajón es la parábola del cíclope Polifemo tras la infamia de Ulises: no descompondrán el mundo cambiante en un río de imágenes.

A veces, quien permanece olvidado es el autor y los vestigios del mundo que viviera. Este es el caso de Ernest James Bellocq (1873-1949), fotógrafo, quien debe su fama a la memoria secreta de sus noches, que jamás publicara en vida.

Bellocq nació en la Nueva Orleans de un sur que acababa de perder una guerra; ejerció como corrector fotógrafo comercial, como tantos, y murió, como todos. En 1958, el fotógrafo Lee Friedlander descubrió 89 negativos sobre vidrio procedentes del estudio de Bellocq, que pudo comprar en 1966. Los positivó, con un respeto infrecuente entre fotógrafos, mediante la técnica del ennegrecimiento directo. Bellocq nació de nuevo y, con él, los rostros y los cuerpos de las putas que reinaron en la Nueva Orleans de los criollos, del jazz y de las guitarras

resonadoras que habitaban los meandros finales del padre Mississippi.

La copia, *Storyville. Portrait*, 1911 rezuma una clara aportación de la fotografía sobre el dibujo, la pintura o los grabados, que ya la daguerrotipia exploró con profundidad; marca la insalvable diferencia entre los desnudos presentes en *El Sueño* de Courbet o en *la Muerte de Sardanápalo* de Delacroix y el retrato de la joven en mallas recostada en la silla: ella es real y ese momento ha sido, y nosotros lo vemos, como lo viera Bellocq.

En las putas de Bellocq se sospecha un mundo que el encuadre sugiere; la naturalidad de las poses no traslada el incómodo diálogo modelo-autor, sino que se acomoda mejor a la no imposible amistad de putas y parroquianos.

Friedlander rescató la memoria de Bellocq como lo hiciera Man Ray con Atget ó Theo con Vincent; Van Gogh no queda solo en la frecuente estadística de poder ser solo después de haber sido.

Ángel M<sup>a</sup> Fuentes